

guardia de asesinos para protegerle, placeres por único fin de la vida y crímenes para llegar á todas partes. Bien al revés Carlos IX, alma varonil, complexion fuerte, cuerpo robusto y bien proporcionado, temperamento nervioso; ágil, facilísimo á las emociones mas contrarias; de propension á la cólera y á la caridad; severo y delicado á un mismo tiempo; cazador intrépido, jinete incansable, dado á la poesía y á la música como recreos y esparcimientos del ánimo; á un solo amor devoto; generosísimo y cruel; inclinado de suyo tanto al olvido de las ofensas como al perdón de los ofensores; cambiante, y en sus cambios brusco; unido por una fatalidad horrible, de las muy frecuentes en la historia, por su mal, á la matanza de San Bartolomé, sombra maldita, mas horrible aun que todo el fuego de todos los infiernos. Carlos IX propendia de suyo á la libertad religiosa; y su hermano, el de Anjou, propendia de suyo á la intolerancia. Subvertido el reino, en anarquía todas las fuerzas sociales, señores de cada porcion de Francia los partidos en guerra, conspirando la corte del duque de Anjou contra la corte del rey de Navarra, y la corte del rey de Navarra contra la corte de Carlos IX, y el poder de los Guisas contra el poder de los Colignys, y las fuerzas de los Condés contra las fuerzas de los Montmorencys; entre las intrigas de Inglaterra, las pretensiones de España, los ruegos de Orange, las tentativas de Holanda, el influjo de Alemania, la prepotencia de Roma, los tesoros del clero, los esfuerzos del ejército feudal con todos sus desórdenes, las perturbaciones universales, nada mas fácil que urdir desde cualquiera de tales condensadores de la tempestad una conjuración espantosa como la conjuración del horrible Louvre, la cual diese por resultado una matanza tan cruel como la matanza de San Bartolomé.

En estas alternativas, Condé habia hecho el tratado de Amboise; y en este tratado de Amboise habia consentido que la libertad religiosa reinase tan solo en los castillos; como si el calvinismo fuese tan solo patrimonio de los nobles. Al ver tan triste resultado y fruto de guerras tan continuas, Coligny dijo que habia Condé arrasado tantas iglesias calvinistas con solo un rasgo de su pluma como los católicos mas furiosos con las teas de sus incendios. Precisábale, pues, al buen almirante restaurar la causa calvinista en los consejos del rey por su política, ya que tan grave daño recibiera en los campos de batalla por la inconcebible debilidad de Condé. Corria el año de 1572,

cuando Coligny se partió para la corte, á fin de salvar la libertad religiosa. Gran valor de su parte; porque pocos hombres tan impopulares en Paris como el almirante calvinista; pues habia sitiado la ciudad con dos mil hugonotes; vencido á sus burgueses en las llanuras de Saint-Denis; arruinado á los comerciantes con su guerra; puesto en ridículo á tanto jesuita y fraile y tonsurado y reaccionario y escolástico y pedante como pululaban por sus universidades y en sus conventos. Paris estaba, pues, por los Guisas, por los católicos, por los jesuitas, por los reaccionarios, y en contra de la libertad de conciencia. Cuando la tolerancia entraba por la puerta de alguna otra ciudad, en los pactos y tratados que así lo convenian, exceptuábase siempre Paris, dada entonces al diablo del ultramontanismo en cuerpo y alma. Y sin embargo, Coligny entró en Paris al lado de Carlos IX, quien le devolviera todos sus honores y le señalara una cuantiosa renta. Los historiadores protestantes no quieren convenir en el catolicismo de los parisienses por entonces; y cuentan cómo al mismo tiempo que los parisienses perseguian á los calvinistas, mataban á los italianos, por creerlos proveedores de niños para la reina Catalina y el duque de Anjou, quienes les abrian las venas y se bañaban en su sangre á fin de confortarse por estos extraños medios y robustecer su débil complexion. Tales observaciones prueban, á lo sumo, cuán dividido se hallaba Paris entonces en opiniones religiosas; pero prueban tambien que predominaban mucho los católicos sobre los protestantes, cuando á excepciones tan raras se apela para probar lo contrario.

Coligny se libró todo entero á la lealtad del rey Carlos. Tenia entonces cincuenta y cinco años. Su alta estatura imponia respeto, y le daba en los combates el aspecto de un verdadero trofeo. Su frente ancha transparentaba las ideas clarísimas de su profunda inteligencia. Cuando se indignaba, despedia su mirar verdaderos relámpagos de ira, y cuando en su interior estaba sereno, tenia su mirar éxtasis de santo. Lo luengo de barba le daba el aspecto que da la pintura litúrgica en sus rígidos cuadros á los profetas hebreos. Las propensiones de los empeños varios de la guerra no excluian propensiones á la constante abstracción propia de quien medita mucho sobre los problemas religiosos. Ardiente y apasionado, este ardor entusiasta no excluía la constancia y aun la tenacidad. Como sus cualidades guerreras crecieron á una

en los ejercicios militares, sus ideas tomaron grande intensidad en las rivalidades con los Guisas. Así, asemejábase á ciertos personajes bíblicos, en que tenia las facultades características del héroe unidas con las visiones cuasi sobrenaturales del profeta. Carlos IX se prendó, en la universal deslealtad que le rodeaba, del temperamento leal de tan extraordinario personaje. Y desde que la corte del terrible Louvre advirtió la privanza del enérgico almirante, comenzó á conspirar contra él. Los de Guisa escribían al Papa y al rey de España en su contra; el de Anjou tramaba conjuraciones atentatorias á su vida; Catalina se plañía con lágrimas y sollozos, arguyendo á Carlos de indócil y amenazándole con dejarle desamparado de su tutela é irse á morir á un retiro de Florencia. Por estos tiempos la duquesa de Guisa estaba entre las damas de Catalina, y profería en sus oídos diariamente frases de venganza. Su jóven hijo, aquel que llevaba con su nombre la herencia del asesinado magnate, proponía friamente á la duquesa, su madre, que llevara una pistola bien cargada entre los complicados pliegues de su traje, y donde hallara en palacio á Coligny se la disparase con toda tranquilidad y sin vacilaciones á boca de jarro. La idea del asesinato se cristalizó, digámoslo así, en aquella corte corrompida. Catalina de Médicis, el duque de Anjou, la duquesa de Nemours y el duque de Guisa buscaron un asesino; y no debían tardar mucho en hallarlo, según la corrupción de los tiempos y la perversidad de las gentes.

En esto, Coligny alcanzó una grande victoria. Estaban juntos en el Louvre Margarita de Valois, hermana del rey Carlos IX, y Enrique de Borbon, jóven rey de Navarra. Margarita pertenecía por completo á los católicos y al duque de Anjou su jefe. Al revés, Enrique pertenecía por completo á los hugonotes y al sabio almirante Coligny, jefe de estos también. Un casamiento entre la católica princesa de los Valois y el herético rey de los navarros, al par que aseguraba la libertad religiosa, ponía paz entre los contendientes. Carlos IX prometió á Coligny tal alianza. Quien primero la repugnó fué Margarita, la cual decía que no estaba en el caso de condenarse por toda una eternidad para servir las cábalas políticas de su augusto hermano. Pero Carlos IX insistió con tanta fuerza, que Catalina llegó á persuadirse de la completa privanza de Coligny y á jurar en el interior su muerte. No hubo mas

remedio que pasar por la boda. El cardenal de Borbon la presencié y autorizó con promesa formal de recibir un breve del Papa que no llegó nunca. Levantóse un tablado á la puerta de Nuestra Señora, cubierto con riquísimos tapices; y allí, al aire libre, y á la luz del cielo, se anudó este matrimonio mixto, triunfo verdadero de la libertad religiosa. Margarita se negaba con empeño á dar el sí al pié mismo de los altares; pero Carlos IX respondió por ella y la casó mal de su grado. La indignación no tuvo límites. Las gentes del duque de Guisa en armas entraron por todos los boquetes de Paris y se reunieron y alojaron á una en los monasterios y en las iglesias. Las cátedras del Espíritu Santo llovieron anatemas y maldiciones sobre los ayuntamientos de las princesas del cielo con los demonios del infierno. Los esbirros de Catalina y Anjou cambiaron el santo y seña precursor del asesinato. Afilaron sus cuchillos los asesinos y el espía de Granvela escribió á mediados de agosto que se preparaba una buena para fines de agosto. No se hizo esperar tanto, porque fué la matanza el 24 por la noche.

Tal matrimonio desencadenó unas fiestas furiosas. Jamás se ha visto, jamás, un regocijo tan loco en vísperas de un duelo tan trágico. Los banquetes sucedían á los banquetes y las borracheras también. Paris era todo él una orgía. Desquitábase como por adivinación de los estragos y ofensas de la muerte. Carlos IX mismo solo pensó en divertirse, y no prestó á ningún asunto político su oído en aquella demencia universal. Catalina y su hijo predilecto idearon una farsa, que sirviese como de anticipado simulacro de sus premeditados crímenes. Había un paraíso lleno de ninfas cristianas y guardado por caballeros católicos, en el cual querían entrar otros caballeros paganos. Inútil decir que los caballeros católicos eran el duque de Anjou y los suyos, mientras los caballeros paganos eran el rey de Navarra y los suyos. No hay tampoco que añadir cómo los católicos enviarían á sus rivales al infierno. El rey de Navarra estuvo encerrado en tenebrosa cámara mientras el de Anjou, vestido de galas femeniles, cargado de collares, de pendientes, de brazaletes, de aromas, de afeites, danzaba largas horas con las piadosas ninfas del ultramontanismo. Cuando Navarra salió del cuarto, donde se hallaba recluido, imagen del infierno, habíase quemado tal cantidad de pólvora y azufre que no se podía ni respirar ni ver en tan pesado aire. Así, no pudo

enterarse de que un bufon caricaturaba en bromas indecentes á sus paisanos los berneses y ponía en ridículo las gasconadas mas ó menos risibles en tabernarios refranes y obscenas canciones de payaso. Pues se representó aun otro simulacro. Los navarros fueron los turcos y el duque de Anjou y el rey de Francia cayeron sobre sus cuerpos y les arrimaron una soberana paliza. Mientras pasaba este horrible carnaval bajo las bóvedas del Louvre, sombrío palacio de los reyes, á la sazón lleno de fiestas y comedias y bailes, banquetes y orgías, los asesinos murmuraban al oído las infames consignas; aperciaban las devastadoras teas; afilaban los puñales, por una predicación insensata excitados, por una predicación, la cual hacia del Cristianismo, de la Cruz, del Evangelio, de la Redención, de los sermones dichos en la Montaña, de las palabras pronunciadas en la Cruz, de aquel amor místico, de aquella caridad por los vencidos, de aquella bienaventuranza prometida en frases verdaderamente celestiales á todos los desgraciados, á todos los huérfanos, á todos los siervos, una especie de Koran escrito con el corte de una cimitarra, chorreando sangre como el intolerante mahometismo y prometiendo el cielo católico, el cielo espiritual ofrecido por Dios á los mansos y á los humildes, ofreciéndolo á los asesinos, á los exterminadores, á todos los criminales y á todos los crímenes. ¡Qué reacción tan horrible!

La señal del degüello fué la muerte de Coligny. El esplendor de las fiestas consagradas al matrimonio mixto, verdadera victoria de la tolerancia, encendió en cólera el ánimo de los intolerantes; y la muerte de Coligny fué decretada en los horribles conciliábulos de Anjou. Hubiérase partido aquel de la corte al palacio de su esposa, logrado el edicto de pacificación y hecho el matrimonio mixto, si la suerte del príncipe de Orange y la necesidad urgente de prestarle auxilio, no le detuviera y como le clavara en París, donde cada piedra ocultaba una trampa, y cada trampa un abismo de lágrimas y sangre. Divididos, separados los hugonotes, sin lazo de unión alguno en aquella ciudad hostil, estaban á merced completamente de las pasiones ultramontanas, y las pasiones ultramontanas pedían á gritos muerte y venganza. En semejante atmósfera moral entraban todos los días partidarios del heredero de los Guisas, representante fiel de la discordia; y de ella salían partidarios del heredero de los Montmorencys, representante de la concordia. Este últi-

mo se partió en persona tomando para descargo de su conciencia por toda precaución el avisar al buen almirante de los peligros amontonados sobre su cabeza. Y al duque de Anjou le corría prisa soltarlos; porque cada vez encontraba mas desabrido y mas desapacible con él á su hermano Carlos IX. Cuenta él mismo que, presentándose una mañana, vestido con aquellos trajes brillantes, cuya extrema lucidez parecía pedir cascabeles á guisa de los trajes de un bufon ó de un payaso, le miró Carlos con tal ira, y llevó la mano al puño de su espada con tal presteza, que, temeroso de verse allí mismo herido y rematado, retrocedió sin volverle por miedo las espaldas; y al verse fuera y cerrada la puerta, echó á correr, como una liebre, á su cámara, donde le tomó un profundo desmayo, consecuencia natural de tantos y tan terribles terrores. Nada tan cruel como la cobardía. El duque de Anjou estaba llamado por los poloneses al trono electivo de Polonia; y Carlos le apremiaba para que aceptase tan alta dignidad, aceptación á la cual se resistía, creyendo mas lucrativo para su hacienda y mas honroso para su persona representar en la corte de Francia el papel de inmediato heredero de un rey á la sazón joven de 23 años y recién casado con hermosa princesa germánica. Anjou atribuía las cóleras como las impaciencias de su hermano á consejos del almirante; y apremiaba con grande insistencia en sus conciliábulos misteriosos al duque de Guisa para que mordiese á Coligny el dispuesto y pagado asesino. Llamábase Mauvert éste; y tenía preparado todo lo indispensable á consumir su protervia.

Mauvert pertenecía de suyo á los homicidas fanáticos tan frecuentes en el siglo décimo-sexto. Oscurécese tanto la conciencia en épocas así, que Mauvert se llamaba bravo del Rey, es decir, oficial asesino, como pudiera llamarse sastre ó peluquero real. Ya en el asedio de Niort atentó á la existencia de Coligny, mas no pudiendo matarle; por no volverse de vacío, mató á uno de sus mas valerosos ayudantes. Expedido segunda vez contra el jefe de los hugonotes, instalóse á su sabor en pobre casucha frente al palacio de los reyes, junto al claustro de San German, cerca del humilde hogar que servía en París de vivienda en la calle de Bethisy al gran hugonote francés. Era la mañana del viernes 22 de agosto en el año 1572. Coligny salía del Louvre acompañado por multitud de gentiles-hombres, y tornaba lentamente á su casa, leyendo